

el vino que beben, los lujosos muebles que adornan sus casas, los libros que le comunican las conquistas de la industria y los progresos de las artes, y hasta las novelas, hasta las comedias que le revela divirtiéndole las elegantes costumbres de una civilización mas avanzada. ¿Porqué habian de establecer distincion los brasileños en el mayor ó menor valor de los objetos que se les venden, cuando cada uno de estos objetos cualquiera que sea, representa para ellos una suma de bienestar que hasta entonces les ha faltado?

## III.

## FUNERALES DEL BRASIL.

Los funerales representan un lado de la vida de las naciones, y el estudio de las costumbres brasileñas con respecto á la muerte interesará á nuestros lectores. En el Brasil la dimension del atahud, su color, la distancia de las rayas ó



Entierro brasileño.

galones entre sí, precisan la edad, el estado y el sexo de los que allí van encerrados.

Las tablas fúnebres están pintadas con un color bajo, el color lila, para una señorita de veinte á veinte y cinco años. Para un hombre ó una mujer, como para un viudo, el fondo es amarillo cortado por listas negras. Pero en este caso todavía hay una notable diferencia, que consiste en la distancia de las listas negras entre sí. Esta distancia es de un *pañó* para las mujeres, y de *dos dedos* únicamente para los hombres. Por último, se coloca un niño de corta edad en un atahud encarnado rayado con listas de oro. Todo esto se comprende que es emblemático. El matiz lila menos pronunciado que el color blanco de la corona de azahar, debe recordar el pensamiento velado, sencillo, de la doncella. El fondo amarillo para el hombre y para la mujer tiende á despertar ideas poco conformes á la gravedad de las circunstancias.

¿Cuál es la razón de esta diferencia en la posición de las listas negras? El color negro es en el Brasil como en España, el emblema del luto, de la miseria, del dolor. La distancia de las listas es de un paño para las mujeres, y de dos dedos únicamente para los hombres, sirve para caracterizar el destino en el matrimonio de cada uno de los cónyuges? En este caso las listas negras mas numerosas para el esposo,

indicarian que su parte de penas en el matrimonio ha sido mas grande.

En el Brasil, así como entre nosotros, los entierros dan á las familias ocasion de satisfacer una lamentable vanidad. Seis enterradores siguen á caballo el atahud, vestidos con una librea encarnada y tiras negras. Los entierros de los ricos, sigue detrás una fila de carruajes llenos de hombres con guante blanco, llevando en la mano pañuelos que agitan con galantería delante de los balcones, donde están las señoras fumando sus cigarros.

Antes los funerales de las personas se verificaban de noche á la luz de gran número de antorchas.

Las iglesias han servido, hasta hace muy poco, de lugar de sepultura, las familias ricas poseían las unas bóvedas y otras unas especies de cajones de mármol, sobrepuestos unos á otros á manera de armarios ó cómodas que recibían los cuerpos. Con este motivo, se cuenta una aventura muy extraordinaria. Una jóven, viuda hacia cinco años, no tenía mas que una niña en la que se concentraban todas sus afeciones. Aquella niña, cuyos caprichos todos se satisfacían en cuanto los anunciaba, tenía un carácter detestable. Su abuelo, que era el que mas la mimaba, se negó un día á satisfacerle un capricho extravagante. Quería la niña un coco, AÑO XXII. 3.

SEGUNDA SERIE.—1864.



pero exigía que fuese el anciano mismo á cogerlo en la cima del árbol. La tiranuela se había aferrado en aquella idea. No obteniendo lo que pedía montó en una horrenda cólera que a produjo violentas convulsiones. Las convulsiones pararon en una completa postración. Permaneció el cuerpo insensible, cesó de latir el corazón. Prolongóse este estado durante veinte y cuatro horas. Continuando el pulso sin dar pulsación alguna, pronunció el médico su sentencia. La niña había dejado de vivir. Adivínese la desesperación de la madre. No quería persuadirse de que hubiese muerto su niña. A duras penas, consintió en que la colocasen en un atahud, pero cuando se trató de llevársela, se aferró á la caja dando rugidos como una tigre. De corta duración fué la lucha. La pobre mujer perdió el sentido. Aprovecháronse de su desmayo para llevarse la pobre niña. Cuando volvió en sí no viéndola se acordó de su desgracia y con apasionadas instancias reclamó su hija.

—Se la han llevado á la iglesia, respondió el anciano abuelo, cuyos ojos ya de tanto llorar no tenían lágrimas.

La señora se levantó de un salto.

—¡Van á enterrar á mi hija y mi hija no ha muerto!

Os digo que mi hija no ha muerto, repitió lanzándose hácia la puerta.

Allí la detuvieron dos negros. Obedeciendo estos á las instrucciones del abuelo la llevaron al sofá de que acababa de levantarse. Comprendió la madre que era vana toda resistencia, echóse sobre el sofá y pareció dormirse. Llegó la noche. La señora no había hecho ni un movimiento. Como era de débil salud y hacia mas de veinte y cuatro horas que había velado á la cabecera de la cama de su niña, se creyó que la naturaleza reclamaba al fin sus derechos. El abuelo fué á acostarse y solo quedó al lado de la madre la negra que había criado á su hija.

En cuanto reinó el silencio en la casa, la señora se incorporó en el sofá y llamó á su esclava que estaba acurrucada á sus pies. Encontráronse los ojos de las dos mujeres y se comprendieron.

—Vamos á salvarla, murmuró la madre.

Cuando el bueno del abuelo, despues de haber reposado un poco, quiso asegurarse de si su hija continuaba durmiendo, encontró desierta la estancia. Corrió al sitio donde había depositado la llave de la sepultura. Había desaparecido la llave.

—¡Infeliz; está en la iglesia! dijo. Y haciéndose acompañar por uno de los esclavos se fué él también á la iglesia. No sin trabajo y gran pena logró penetrar en el santo lugar; empero en el Brasil como en otras partes, el dinero abre las puertas mejor guardadas. El anciano encontró á su hija acurrucada cerca de un atahud vacío, la niña había sido sacada de su fúnebre lecho y la mecía su madre sobre sus rodillas dirigiéndola las mas tiernas palabras. Era un espectáculo desgarrador. El buen hombre, aunque apenas podía sostenerse sobre sus piernas, tan fuerte era su emoción, trató por todos los medios de persuadir á su hija á que le siguiese: temía con razón que tan profundas perturbaciones no la volbiesen loca.

Vanas fueron todas sus tentativas.

—¡Los médicos son unos burros, sino son unos asesinos! ¡Mi niña, no está mas que dormida! ¡Mi niña no está muerta! ¡Mi niña va á despertarse con los besos de su madre!

Tales eran las palabras que repetía invariablemente la

pobre mujer. Temiendo el abuelo que la prolongación de esta escena, alterase su razón, trató de sacar de allí á su hija, mientras que el esclavo por sus órdenes se esforzaba en arrancar de los brazos que estrechamente lo tenían asido, el cuerpo de la niña.

—María ¡socorro! ¡socorro María! esclamó la madre con delirante exaltación.

—¡Perro, profirió la nodriza!

Y clavó sus uñas en el rostro del negro.

La escena iba siendo cada vez mas terrible, é iba á serlo mas. El negro no había soltado su presa, aunque corrían arroyos de sangre por sus mejillas, continuó ejecutando las órdenes de su amo.

De repente retrocedió con terror y cayó de rodillas.

—¡La niña! ¡La niña! murmuró con ahogada voz, extendiendo sus manos hácia adelante.

La niña, acababa en efecto de abrir los ojos, se sonreía graciosamente y con sus bracitos rodeaba el cuello de su madre.

La madre tenía un aire radiante, imposible de describir, exclamando:

—Ya sabía yo que mi hija no había muerto y que aun cuando hubiese muerto la Santísima Virgen me la devolvería.

El caso de la niña era una catalepsis. La ciencia se había equivocado, empero no se engañó el amor maternal. Este amor maternal había salvado la niña.

Hoy ya no se entierra en las iglesias en Rio-Janeiro que posee dos cementerios fuera de la ciudad.

Es tal el lujo en los entierros y funerales, que muchos de los vivos se arruinan por enterrar espléndidamente á los muertos.

## ASTRONOMÍA.

### ASTRONOMIA DE LOS HABITANTES DE MARTE.

Vamos á examinar cuáles son los caracteres particulares de la habitación de Marte, primer planeta que encontramos al salir de la Tierra, y marchando del centro del sistema á su periferia.

El mundo de Marte se asemeja al nuestro en sus puntos mas importantes, ya bajo la relacion de su constitución planetaria, ya bajo la de sus apariencias exteriores; y si su diámetro fuera dos veces mayor, lo cual le daría un volumen igual al de la Tierra, sería muy difícil para un observador extraño distinguir ambos mundos. Decíamos que entre todos los astros de que se compone nuestro grupo solar, Marte es el que ofrece mas analogía con la Tierra en cuanto concierne á la condición biológica de ambos mundos.

Esta inclinación, que actualmente es de 23° 27' para la Tierra, es para Marte de 28° 42'. La diferencia no es considerable, ni produce otro efecto sino el de disminuir algo en este planeta la anchura de las dos zonas templadas, y agrandar, á espensas de estas, las dos zonas polares. Como aquella inclinación es la que produce en cada mundo la diferencia de las estaciones, de los climas y los dias, segun las latitudes, vemos que Marte es casi de la misma categoría que la Tierra bajo aquel importante punto de vista.

La medida de la inclinación de la órbita se ha hallado



por el exámen de su movimiento de rotacion; mas en esto no hay solamente una deducción teórica, pues las observaciones ulteriores han mostrado, en las apariencias presentadas sucesivamente por aquel mundo, que todo acontece en su superficie como debe acaecer si tal es su situación astronómica.

Tenemos en nuestro mundo dos hemisferios distintos, sobre los cuales el Sol derrama sucesivamente sus favores. Desde el equinoccio de primavera hasta el de otoño, nuestro hemisferio boreal es el privilegiado; mientras que la otra parte del año lo es el hemisferio austral. Mas esta sucesion alternativa, con que están muy íntimamente ligados todos los fenómenos de la vida terrestre, no es apreciable para los demás mundos sino en uno de sus efectos, los menos aparentes para nosotros, en el derretimiento de las nieves polares ó en su acumulacion en las regiones glaciales hácia los últimos grados de latitud.

No acontece lo mismo en el planeta Marte. A nosotros, no obstante la proximidad de este planeta, cuya órbita no dista del nuestro mas de veinte millones de leguas, nos es imposible probar la variabilidad de su vegetacion causada por las alternativas de las estaciones; y el único fenómeno general cuyo regular curso podemos seguir, es precisamente el aumento ó disminucion de las manchas de nieve que brillan en sus dos polos. Durante la primavera y el estío del hemisferio boreal de este planeta, las nieves de este hemisferio se derriten hácia el grado 60 de latitud, del mismo modo que en la tierra se derriten hácia el 70; durante el otoño y el invierno vuelven á ocupar, como entre nosotros, las regiones de donde se habian retirado bajo la influencia de los rayos solares.

Un movimiento recíproco se realiza en el hemisferio austral mientras las estaciones opuestas. Se ha hablado de las nieves de este planeta, y sabido es que la palabra *nieve*, muy significativa cuando se trata de nuestro mundo, no debe entenderse como designando el agua congelada, de la misma composicion química que nuestra agua terrestre, sino solo una sustancia cuyas propiedades físicas parecen análogos á las de nuestra nieve.

Espresado en dias del planeta Marte, el año solar de ese mundo se compone de 668 dias 2/3; luego, á consecuencia de la oblicuidad de la eclíptica, la primavera y el estío de su hemisferio boreal comprenden exactamente 372 dias, mientras que el otoño y el invierno únicamente tienen 296 dias. Recíprocamente, para el hemisferio austral, las estaciones estivales se ejecutan en 296 dias, y las invernales en 372. Tal desigualdad de duracion no impide, sin embargo, que ambos hemisferios disfruten de la misma temperatura media.

La densidad de Marte es casi la misma que la de la Tierra: es de 0,95, siendo 1 la de nuestro globo. Espresada en *peso específico* es de 5,20, en vez de 5,48 para nosotros; es la misma densidad del peróxido de hierro. La intensidad de la pesadez en la superficie de Marte apenas llega á las 44 centésimas partes de la que es en la superficie de la Tierra. Este planeta verifica su revolucion anual en un año, diez meses y once dias; su rotacion diurna se efectua en 24 horas 39 minutos y 21 segundos.

Marte no tiene satélite, lo cual contraría mucho á ciertos partidarios de las causas finales, los que se imaginan que el incomparable poder que hace germinar los mundos en los surcos etéreos del cielo, debe tener las mismas ideas

y las mismas concepciones que nosotros miserables mortales. Mientras el globo terrestre se halla acompañado de un fiel servidor, Júpiter, mas remoto, tiene cuatro, y Saturno ocho, el infeliz Marte fué tristemente abandonado en su soledad; y esta misteriosa casualidad final, que probablemente seríamos muy felices y muy orgullosos de poder profundizarla, ha permanecido tan oscura despues de los descubrimientos de la astronomía como en la época de don Alfonso el Sábio. Mas no entablemos aquí una discusion tan complicada; porque sin que parezca así á los ojos de muchos, hay en este particular una elevada é inaccesible cuestion de teología, que no es del caso tratarla ahora.

Los habitantes de Marte no han sido siempre muy bien considerados por ciertos habitantes de la Tierra. Si ha de creerse á Fontenelle, no merecen la pena de ocuparse de ellos. Si se da crédito á las especulaciones hipotéticas del célebre filósofo Kant, no son mas inteligentes que nosotros. Si se escuchan, en fin, las teorías de Fourier, Marte es un ser de título inferior, y segun M. Touwenel, en su bella obra acerca del *Alma de las bestias*, no podríamos calcular lo que la Tierra debe á Marte en tipos odiosos, venenosos, horribles y repugnantes, entre los cuales, añade el autor, debemos citar el sapo, emblema del truhan que pone sus llagas y sus postillas á vista de los transeuntes, y que tiene sobre sus hombros unos cuantos niños sucios llenos de andrajos. El padre Atanasio Kirquer, en su *Itinerarium extaticum cæleste* miraba también con malos ojos á Marte, segun la costumbre de los astrólogos de su tiempo, y sin creer, sin embargo, en la existencia de una humanidad en aquel mundo, por impedirse sus opiniones religiosas, no hallaba en él sino malignas influencias. No es porque por esto se asombre, pues nos hace observar benévolutamente, «que el que ha creído deber criar los reptiles, las arañas, las yerbas venenosas y las plantas letíferas, el arsénico y otros venenos, puede muy bien haber colocado en el cielo astros de desgracia, cuyo influjo sea pernicioso para los hombres prevaricadores;» mas, lejos de estrañar, imagina, además, que unos ministros de venganza están encargados de la direccion de Marte, seres puramente espirituales, pero que, sin embargo, el viajero que pase hácia aquel planeta puede verlos montados en horribles caballos, con las fauces inflamadas, con los ojos siniestros, y armados con espadas de fuego y con terribles varas.... El bueno del padre se entregó por completo á todos los delirios de su imaginacion. Apartémonos de el cuanto antes y volvamos á nuestro asunto.

Lo mas racional y mas probable que podemos decir acerca de los habitantes de Marte, es que deben presentar mayor semejanza con nosotros que los habitantes de cualquier otro planeta de nuestro sistema. Si los caracteres orgánicos, y aun quizá las facultades mentales, se hallan en armonía con el mundo que nos rodea, y si la constitucion de los seres está en correlacion íntima con la naturaleza de que estos seres dependen, somos legítimamente llevados á deducir: que siendo semejantes por su órden astronómico en nuestro grupo solar ese mundo y el nuestro, son tambien semejantes por sus condiciones íntimas de habitabilidad y por su habitacion misma.

Nuestra Tierra presenta á los observadores colocados en la superficie de Marte la misma sucesion de fases que Vénus nos presenta, y les ofrece generalmente el mismo aspecto



que la estrella del Pastor nos ofrece á nosotros. En razon de las posiciones recíprocas de la Tierra y de Marte sobre sus órbitas respectivas, no es mas fácil, sin embargo, estudiar la configuracion geográfica y la superficie de este planeta en la época de su mayor aproximacion, que á los astrónomos de Marte el estudiar la superficie de la Tierra; porque precisamente en aquella época es cuando la Tierra aparece con su menor creciente, hallándose entonces en su conjuncion inferior. Para un habitante de Marte la Tierra es una estrella de la mañana y de la noche, que no se aleja mas de 48 grados del Sol. Venus le parece como nosotros vemos á Mercurio. Respecto á éste se le queda siempre oculto en la deslumbradora claridad del astro del día.

Marte recibe del Sol dos veces menos luz y calor que nuestro globo. Sabido es ya, que por esto sus habitantes no tienen mas frio que nosotros. I. D. Casini fué el primero que habló acerca de la atmósfera de este planeta, en seguida vino Maraldi, que se dedicó á continuar sus observaciones acerca de la diafanidad y propiedades físicas de aquella atmósfera, observaciones confirmadas despues con las sábias investigaciones de los señores Beer y Nædler, cuyos nombres se hallan asociados en lo sucesivo con el del planeta Marte.

Acabamos de ver que la situacion astronómica de Marte sobre el orbe que recorre, la climatología y los fenómenos que se presentan en su física general, su pesadez específica, su duracion de rotacion diurna y los hechos dependientes de ella, y su estado atmosférico, en fin, son otros tantos caracteres que nuestro mundo participa en igual grado que aquel; y que parecen colocar á ambos astros en el mismo grado sobre el inmenso anfiteatro de la vida planetaria.

Aquellos de mis lectores que no estén iniciados en los secretos de la filosofía, nunca comprenderán todo lo infecundo y á veces todo lo ridículo de la moderna escuela psicológica, desde los primeros cartesianos, que dicen sencillamente «que son, porque piensan,» hasta los desenfrenados *yoístas*, que crean el mundo *observándolo*. El *cartesianismo* primitivo tiene la timidez de empezar por *asegurarse* de sí mismo; el *criticismo*, última razon del sistema de Descartes, lanzándose desbocado en esa via retrospectiva, acaba por *negarse* á sí mismo. Descartes acepta el pensamiento como *fenómeno*, como aparece: Kant investiga la esencia del pensamiento como *noumeno*, como es en sí. Descartes toma los pensamientos á la hora en que se levantan: su discípulo Kant, mas hábil cazador de ideas, siempre procura *sorprenderlas en la cama*. Para el padre, la inteligencia es *pensar*: para el hijo, la inteligencia es la *potencia* de producirse á sí misma. El análisis de Descartes empieza por la inteligencia *en acto*: la analítica, ó ciencia del análisis, de Kant, es la descomposicion de la *potencia* intelectual. Para Descartes el entendimiento es lo mismo que el conocimiento; para Kant el entendimiento no es mas que lo que hay de *espontáneo* en el conocimiento. La *psicología* y la *lógica* experimentales de Descartes las ha convertido Kant en *ideología pura* y en *lógica trascendental*, investigando lo mas *a priori* de la potencia intelectual, haciendo retrogradar mas que ningun otro la dificultad, analizando, no lo que hace el espíritu, sino el *cómo* es posible que lo haga.

(Pensamientos de CAMPOAMOR.)

## EL CASTILLO DEL OTERO. (1)

(CUENTO.)

Sobre una pequeña eminencia, ó colina, situada en el rio denominado de las Achas, en la aldea de este nombre, se alzan aun los derruidos muros de una antigua fortaleza ó castillo.

Mirando hácia oriente, consérvese intacto un medio ángulo, que debió ser el cuerpo principal del edificio.

En su centro vése una puerta ojival, cuyo arco desvencijado amenaza desplomarse á la mas ligera conmocion.

Encima de aquella puerta se divisa una piedra de armas, dividida en tres cuarteles, cuya significacion no comprendería el mas entendido en heráldica. Sobre el escudo el tiempo ha querido respetar, por uno de sus singulares caprichos, los fragmentos de una corona verdaderamente indefinible.—Hé aquí lo que con alguna claridad se distingue de aquellas informes ruinas. La maleza y la yedra completan su conjunto melancólico.

Los vecinos de las Achas nada saben á punto fijo sobre lo que debieron ser en su tiempo los citados escombros, ni á qué personajes pertenecieron en su remota antigüedad.

Sin embargo, corren como válidas acerca del castillo mil extrañas versiones y leyendas, y se le designa por el nombre de *Castillo del Otero*.—Si este nombre tiene su etimología legal, es cosa que no podremos asegurar nosotros; pues nada de cuanto hemos oído concurre á justificar la opinion mas comun, y que entre todas las demás parece tener visos de algun racional fundamento.

Al pié mismo de la colina deslízase una especie de rio, cuyo caudal crece y se ensancha á medida que numerosos manantiales y saltos de agua se confunden espumosos en sus verdes márgenes, guardadas á ambos lados por álamos corpulentos.

## II.

Entre las raras y curiosas costumbres de aquellos campesinos, vamos á mencionar al paso una, digna de ser conocida.

Casi en toda Galicia es comun, pero varía notablemente segun el espíritu de las localidades.

Las labores del campo cesan casi en su totalidad al aproximarse el mes de noviembre. La presencia constante de las lluvias, llega muchas veces al estremo de incomunicar á las gentes de los lugares; no siéndoles por tanto posible muchas veces, por las avenidas é inundaciones, hacer harina de su *maiz* en el cercano molino, para alimentarse con el indigesto pan que cuecen de ocho en ocho dias en sus propios hogares.

Cuando el rigor de la estacion cede algun tanto en aquellas solitarias comarcas, bien pronto conciertan las gentes de dos ó tres lugares á la redonda el medio de pasar lo mas agradablemente posible esas inmensas noches que empiezan á las tres de la tarde y concluyen á las ocho de nebulosísimas y bien tristes madrugadas.

(1) Tomado de una tradicion popular.



En esas noches, y alternando, como acontece entre las familias principales de una ciudad, cada casa verifica, en fechas determinadas, sus reuniones, en las cuales son admitidos todos los mozos y mozas que desean pasar el rato alegremente.

Hacia la parte de Pontevedra y en Orense llaman á dichas reuniones *seranes*. En otros puntos, como en los lugares próximos á Betanzos se denominan *tascas*.—Generalmente, y esto es muy comun en las provincias de la Coruña y de Lugo, se conocen por el nombre de *fiadas* (hiladas),

Los primeros nombres no tienen para nosotros derivacion posible; pero el último, el de *fiadas*, se explica y justifica muy fácilmente con decir que las mujeres de todas edades concurrentes á las susodichas reuniones, se ocupan en hilar, bien el lino, bien la estopa ó cáñamo, que respectivamente trabajan para la venta, ó para sus ropas interiores.

Estos *seranes* ó hiladas, tienen mucho de curioso, y aun diríamos de *poético*; sino hubiera caído en desuso una parte que, como esta y otras semejantes, no es corriente entre la sociedad positivista de este siglo, tan materializado por su fortuna ó por su desgracia; que bien pueden ser ambas cosas.

A semejanza de las sociedades cultas, no faltan allí sus *the danzants*, sus *bouffées*, etc.—Únicamente bajo este punto de vista dejan deser poéticos los *seranes*.—Las viandas y los líquidos de que se componen tales banquetes, son groseros por demás.

En el centro de aquellos monumentales fogones (*lareiras*, que allí dicen), se alimentan enormes hogueras con tojo seco y gruesos pedazos de roble.

Con las ascuas y las cenizas hacen una especie de *cama*, de forma circular, y en ella sumergen una ó dos fanegas de castañas; fruto abundantísimo de aquel fértil país.—A esto llaman *hacer un magosto*. Hé aquí también otra frase que, aunque originarios de aquel país y conocedores de su dialecto, no nos explicamos sino en su aplicacion material y exclusiva: pero esto no hace al caso.

En estas campesinas tertulias, ó *seranes*, como se ve, no se omiten los banquetes; y á falta de succulentos manjares y sin consultar á la cocina francesa ó italiana, se sirve el farináceo fruto, plato universalmente esclusivo, único, aislado, pero no desabrido para estómagos y paladares que tan felices ha hecho la pródiga y previsoramente naturaliza. Comunmente son las gentes viejas quienes cuidan de remover y hacer saltar las consabidas castañas.

Ni de oídas conocen nuestras sencillas gentes el *bourdeaux*, el *Rhin*, ni menos el *champagne*; pero el *agujeta* cunde en enormes cuencos de madera; y este vino especial, goza de cierta reputacion y un privilegio que nosotros impugnáramos de todas veras.

A esto llaman *refrescar*, y sobre todo en invierno se explica la frase.

Es costumbre entre las mozas y mozos solteros galantearse y requerirse de amores en tales sitios; y por esto vienen á ser los *seranes* como centro de contratacion matrimonial.

Creemos que los curas de las parroquias no tendrán razon alguna que desmienta nuestro aserto.

Usase entre aquellos sencillísimos labradores un modo bien singular de enamorarse; cosa indefinible en cierto modo, porque no tiene ejemplo y es exclusiva en aquel país,

donde nada es exótico, y donde por el contrario todo, hasta el especial celaje, tiene su sabor y color local.

Consiste en un complicado requiebro, mezcla de ininteligible castellano y peor gallego, en que dos novios se llevan tres largas horas hablando en confusa jerga; bien diciéndo se sus cuitas, ó bien pidiéndose celos.—A vueltas de largos párrafos, *que ni aun ellos mismos comprenden* (y esto podemos asegurarlo) se preguntan y se responden tan sin reposo y con tal precipitacion, que muchas veces se hace su respiracion fatigosa.

Suele acontecer, sin embargo, que á veces se lo dice todo el galán; y ella responde con cierta gazmoñería que se traduce en los gestos y en las miradas al soslayo. Esta es la inocente *coqueteria* de los campos.

Nos faltaba un detalle: la parte mímica ó de accion. Es limitada, pero fuerte.

Ambos enamorados enlazan los dedos índices de sus respectivas diestras, y segun el piano ó el crescendo de la pasion, así se los retuercen mutuamente, con mas ó menos fuerza.—De esta *elocuencia digital*, si se nos permite la frase, suelen sacar partido los galanes del país. El mas sábio entre todos, es aquel que mas *párrafos* ensarta y mas estruja los dedos de su tórtola: esto es lo culminante, lo volcánico de un amor verdadero.

A este género de enamoramiento, llaman los campesinos *enchoyar*; equivalente de requebrar, de decir galanteos. Las gentes bruscas, *poco finas*, son aquellas que no *enchoyan*, que no requiebran.

Hemos demostrado ya que en los *seranes* ó reuniones se *refresca* y se *galantea*. Réstanos decir que con gran frecuencia se baila.

La consabida gaita, los panderos y las castañuelas constituyen la orquesta.—La *muineira* es el baile preferido; mas por una estraña anomalía, también se hace el gasto á la jota y á un *wals sui generis*, que las gentes de las ciudades debieron importar en sus estancias de verano.—Por último, réstanos decir, que los molinos son los lugares donde con mas frecuencia se celebran estos *seranes* ó hiladas; principalmente cuando llega la sazón de preparar el pan necesario para el consumo de los consabidos ocho días.

### III.

En el molino de la parroquia de las Achas se celebraba uno de los mas animados *seranes*.

Casi todos los concurrentes acababan de regresar de la misa del gallo, pues era nada menos que la Noche-buena; y los campesinos gallegos son bastante religiosos para no celebrar ruidosamente un tan estraordinario acontecimiento, cual es el Natalicio del Redentor.—Por espacio de una hora el bailoteo y el bullicio fueron estrepitosos.

El que hacia los honores á la reunion, era el molinero, hombre muy anciano y mucho mas decidor.

Sin duda el estrépito hubo de descomponerle la cabeza; pues cuando menos se esperaba, terció resueltamente y propuso que se esperase al día *contando cuentos*.

Olvidábamos decir que este es otro de los entretenimientos que amenizan los *seranes*.—A falta de espectáculos ó de asuntos políticos sobre qué tratar, aquellas sencillas gentes *cuentan cuentos* é historias, en cuya materia como en la de *enchoyar* son contados los sobresalientes.



Uno de estos, en punto á historia, era el molinero.

Su proposición fué acogida por unanimidad, y aun el que tiene el honor de escribir estas líneas, se interesó con su voto.

El molinero tomó asiento sobre dos costales de maiz, y alrededor suyo formaron corro mas de cincuenta curiosos.

Contra su costumbre, no habló aquella noche de la memorable guerra de la independencia, en que el orador, segun su cuenta, mató, ó mas bien cazó, oculto por unas matas, exactamente ochenta y cuatro franceses.

El asunto de que se ocupó era mas oportuno, y aun de actualidad, de época.

Tosió, segun su hábito de comenzar, tres ó cuatro veces, impuso silencio otras tantas, y por último empezó su cuento.

Versaba el asunto sobre una remotísima y veraz leyenda del *Castillo del Otero*.

Con esto era el orador una especie de genio, mas que un cronista, que un historiador; porque casi se le escuchaba con la misma fe que si se tratara de un testigo ocular.

El asunto databa del año 1391. El molinero habia sido un mozo de los mas templados, por lo que él mismo contaba, que contribuyeron en Puente San Payo, á las órdenes del célebre guerrillero, á causar una espantosa derrota en las huestes imperiales, que tan mal libradas salieron en el territorio gallego.

Hé aquí la historia del *Castillo del Otero*, tal como la hemos oido de sus propios lábios.

#### IV.

«Hoy—dijo—hace cuatrocientas cincuenta y nueve *Noches-buenas*, que ocurrió en este mismo lugar uno de los sucesos mas espantosos de que pueden hacer memoria los siglos.

No era una gran ciudad, pero tampoco era entonces un lugarejo la parroquia de las Achas.—Era una hermosa villa, ganada por un gran caudillo á los moros, quienes la tenían convertida en un verdadero eden, tan florido y fresco y ameno como el que á esos perros infieles ha prometido en el otro mundo su engañoso profeta.

Esas ruinas, señores, que nosotros llamamos el *Castillo del Otero*, eran nada menos que un soberbio palacio, donde habitaban los dueños conquistadores de esta comarca.

Su último dominador, de quien dicen se llamaba don Inigo, contaba el año mismo en que acaeció su fallecimiento los setenta y cuatro de su edad.

Tenia una hija, que á su vez frisaba en las veinte primaveras, y cuyo rostro era una maravilla del poderoso Criador, que tan raras bellezas se complace en crear para admiración y culto de los hombres.

Habíanla puesto por nombre Flora; y si no me engaño, parece que este nombre concordaba singularmente con la divinidad que debió venir al mundo con el solo fin de reinar como diosa en el jardín mas florido.

Desde muy tierna edad habia perdido á la autora de sus días, y el desconsolado don Inigo, á falta de un heredero varon, concentró en aquella hija única todo su mayor cariño, todos sus afanes y desvelos.—Cuando el cielo concedió al castellano una heredera, ya no era ni con mucho un joven, pues

cincuenta y cuatro eneros de su vida quedaban en pos de él, revoloteando perdidos entre la bruma de su pasado, como las hojas del árbol arremolinadas por el viento.

Sólo en el castillo con su vástago, consagró el resto de su vida á hacer de Flora una especie de ídolo, á quien prodigaba una existencia verdaderamente régia.

Aquel amante padre llegó á creer, en la ceguedad de su cariño, que la mucha superficie de la tierra, era sobrado mezuquina para formar con ella un imperio á su hija idolatrada; y lamentó profundamente no haber nacido monarca poderoso, para ceñir las sienes de Flora con una corona mas grande aun que la que siglos despues ciñó la magnánima Isabel I.

Pero en el limitado círculo de su poder y de su riqueza, nada omitió para rendir un culto debido á su inapreciable señor. Así es que Flora creció y se desarrolló, sin traspasar el recinto del palacio feudal, como Venus debió formarse dentro de su divina concha en los vastos dominios de Neptuno.

Salones suntuosos, ricas galas, numerosa servidumbre, todo esto y mucho mas aun acompañó á la bella hija de don Inigo desde su ilustre y afortunada cuna.

Por eso Flora, muy semejante á la diosa citada, se alzó sobre la villa señorial de las Achas deslumbradora y esplendente como un lucero, causando la admiración de sus futuros vasallos; cosa que complacía estremadamente al orgulloso viejo guardador avaro de tan rica joya.

#### V.

El viejo castellano, tan ganoso de hacer de su cara hija una divinidad, de adornar y enaltecer su privilegiada hermosura, descuidó lamentablemente la parte moral... No se habia hecho cargo que la primer belleza de una mujer está en el corazón y en las virtudes de su alma.

La hermosura de Flora brilló, con efecto; mas tambien sobresalieron como dos feos lunares en el cielo de su frente los defectos negros de la ambición y la soberbia.

Esto, que don Inigo debió combatir, fué precisamente lo que mas satisfecho le dejó de su obra... ¡Pobre padre!—Su obcecación ó su amor delirante no le permitió leer en el porvenir que Dios, en sus altos designios, reservaba á la hija de su corazón.

De este modo se explica cómo los antiguos moradores de la villa de las Achas, si admiraban con la mayor sinceridad tanta belleza, tambien sentían hacia Flora y su soberbia un temor tal, que solo es comparable al que sufre el cordero indefenso bajo la desgarradora zarpa de un hambriento labo...

Flora, pues, era un ángel en el cuerpo: los que tal decían y creían, murmuraban por lo bajo:

—¡Lástima grande que Luzbel hubiese sido arrastrado al abismo por el pecado de la soberbia!..... ¡Era tan hermoso!...»

Uno de los oyentes interrumpió al molinero, al llegar á esta parte de su narración.

Era este una joven labradora, que con la ingenuidad y candidez mayores, preguntó al narrador:

—¿Pues ese Luzbel, no es el mismo demonio que tienta y pierde á los cristianos?

—Claro está que es el mismo, respondió el molinero.

—Entonces ¿cómo dice vd. que era tan hermoso?

—Y tanto, que no tenia igual entre los querubines.



—Pero ¿se olvida vd., señor Juan, de que el demonio, además de ser feo, tiene cara de ratón, cuernos de ciervo, alas de murciélago y patas de cabra?... Así es como lo pinta el señor cura, y el señor cura sabe muy bien lo que se dice.

El molinero, sorprendido por la argumentación de la muchacha, se rascó una oreja, y respondió:

—Tienes razón, Marta, no se me había ocurrido, y á la verdad no sé como puede ser eso.

Un murmullo de aprobación hizo comprender á Marta que acababa de hablar como un libro, costando gran trabajo al que escribe estos renglones el contener la risa por tanta sencillez.

El molinero continuó:

## VI.

—«Había llegado Flora á los veinte años...

El anciano y afanoso padre, que tenía ya un pié dentro del sepulcro y miraba extinguirse su raza, buscó entre los caballeros mas principales de aquellos contornos, un marido para su hija.

Los mas apuestos, gallardos y poderosos corrieron á besar los pies de la beldad encantadora.

¿Cosa estraña, y que parece imposible! Ninguno consiguió agradar á la impasible Flora.

¿En qué consistía pues?

Don Inigo hizo á su hija esta misma pregunta, no sin sentir cierta contrariedad, por la primera vez de su vida.

Flora le respondió con estremada energía:

—No se canse vd., padre mio: si no es á un hombre mas poderoso que el mismo rey, á nadie entregaré mi mano.

Don Inigo temió por un momento que su hija se había vuelto loca; pero recogiendo en el fondo de su conciencia, no tardó mucho en comprender la causa de tan singular proposición.

El mismo, con su desacertada y perniciosa educación, había hecho á Flora soñar con imperios desconocidos, sobrenaturales.

Mas de una vez tendió la vista por esta comarca; pero á pesar de sus años distinguió, no sin tristeza, los cercanos límites de su corto dominio.

Las Achas podía ser una buena villa; pero no llegaba, ni con mucho, para levantar un imperio... Desde entonces comenzó á mostrarse abatido y pesaroso.

Flora, ni siquiera se cuidó de preguntar á su padre la causa de tal tristeza.

Era que su mente vagaba por espacios desconocidos buscando un algo superior á aquel decrepito y miserable anciano.

## VII.

El viejo don Inigo, era ya un vaso deteriorado, roto, por cuyos poros y hendiduras se evaporaba muy velozmente el ligero éter de la vida.

La obstinación de Flora conmovió hasta tal punto aquel encorvado y exánime cuerpo, que ya su ruina total era visible á todas luces.

Mas de una vez quiso insistir y suplicó á la jóven, que acudiese á verificar su enlace; pero había ésta llegado á ad-

quirir tanto dominio sobre el autor de sus días, que por último consiguió que no se la hablara mas del asunto.

¿Es que aspiraba realmente á la mano de algun monarca poderoso? No se concibe semejante ceguedad.

¿O renunciaba á ser, aunque bilateralmente, la continuadora de su espirante progenie?

He aquí lo que vamos á saber muy pronto.

## VIII.

Cierta noche de otoño, contemplaba desde su cámara, á través de las celosías, el estrellado manto azul, en que la luna menguante proyectaba débil resplandor.

Todo dormía en redor de la jóven, y tan solo el murmullo de la brisa formaba un vago concierto con el del cercano río.

Al mirar al cielo Flora meditaba en la grandeza de Dios?...

Su corazón lo sabía en aquel momento.

Trascurrió como una media hora.

Al cabo de ella, bajó los ojos la heredera de don Inigo, y los fijó con vaguedad en las desnudas copas de la próxima arboleda: dos lágrimas, dos perlas, corrieron por sus aterciopeladas mejillas y se anidaron en su seno de nieve.

¡Lloraba!...

¿Era aquel llanto el fruto de una meditación piadosa, ó tal vez lo producía la achacosa vejez de su anciano padre?

¡Ah! que también lloró el ángel rebelde despues de su caída; pero aquellas lágrimas no las arrancó el arrepentimiento, que las hizo brotar la soberbia!

¡Pobre ángel!... pasión desgarradora!

Los delgados labios de Flora, empezaron á murmurar palabras ininteligibles. Poco á poco estas se acentuaron, y á medida que se animaba tan singular monólogo, el pecho de la jóven agitábase con violencia, presa de una emoción poderosísima.

De pronto se incorporó, y sus ojos adquirieron un brillo terrible. Llevó á su seno palpitante las manos convulsas, y exclamó con frenesí:

—¡Oh! yo quiero un imperio, sí, un imperio; y si no lo halló en el mundo, lo compraré al demonio en el otro, dándole en precio mi alma!

De pronto y como si brotara del aire ó de la tierra, se la apareció un desconocido.

Varios gritos de espanto volvieron á interrumpir al molinero.

—Jesus! María y José! exclamaron algunas viejas, haciendo tres veces consecutivas la señal de la cruz. El señor Juan dijo entonces:

—Si es que se asusta el auditorio, doy por acabado mi cuento.

—¡No no! ¡que siga!—gritaron á la vez mas de treinta voces.

Las mismas que se habían santiguado, venciendo su curiosidad á su terror, manifestaron la misma opinión.

El molinero continuó de esta suerte.

M. VAZQUEZ TABOADA.

(Se concluirá.)



# SOBRE EL SENTIDO DE LA PALABRA RECIBIR.



Saludo recíproco.  
Recibimiento inesperado.

Con franqueza.  
Visita inesperada.